

darios de la aristocracia y de su dominio feudal odiaban al duque de Borgoña, que protegía a las ciudades, foco de las tendencias democráticas, enemigas del feudalismo y de los nobles. Por supuesto que el duque de Borgoña, Juan sin Miedo, tan aristócrata como los demás, no se había hecho el aliado de las ciudades por convicción política, pues que el poderío de su casa nacía de la destrucción de los fueros municipales de las ciudades flamencas, pero al paso que en sus propios Estados sofocaba sin misericordia todo movi-

miento democrático de los municipios, no titubeó un instante en desencadenar este elemento en Francia para realizar sus proyectos ambiciosos. Las varias tentativas que se hicieron para restablecer la paz entre los Orleans y el duque de Borgoña no tuvieron éxito, ó á lo mas solo condujeron á cortas treguas. La poblacion de la capital, agradecida al duque porque le había devuelto sus fueros y privilegios municipales, y convencida de la suerte que le aguardaba si los enemigos del duque, los aristócratas, salían triunfantes, hizo



Miniatura de un manuscrito titulado: *Croniques de france, dangleterre, etc.*, compilées par Sir Jehan Froissart (1).

En primer término, y en el vestíbulo de un palacio real, hay un heraldo, al que se le entrega una carta para que la lleve á su destino; un escudero le tiene el caballo y la pica de correo. En el fondo se ve una gran calle, y á la entrada de ésta un funcionario real, subido á un pequeño *podio*, lee á los ciudadanos que á su alrededor se agrupan una orden del rey.

formal alianza con él, de la cual surgió la importancia de los gremios, sobre todo del de los carniceros, como el mas poderoso, y uno de este gremio, el matarife Simon Caboche, llegó á ser el héroe popular y por algun tiempo dueño de Paris.

El rey, el Delfín, estragado ya por los vicios desde su juventud, y todos los cortesanos, egoistas y cobardes, nada hicieron y dejaron pasar las cosas. Fuera de Paris asolaban el reino las bandas de la soldadesca indómita del conde de Ar-

(1) Froissart nació y murió en Valenciennes, en 1337 y 1411 respectivamente. De su crónica existen muchos manuscritos embellecidos con ricas miniaturas, entre ellos el que se conserva en la biblioteca municipal de Bresiau, del cual reproduciremos algunas de ellas. Este precioso manuscrito (en pergamino) fué completado, segun dice una inscripcion, en 1468-69 para el bastardo Antonio de Borgoña. Las miniaturas pertenecen á la escuela flamenco y son, en su mayor parte, de un solo color gris (imitando bajos relieves), con algunas pinturas de otros colores en determinados puntos. Las escenas que representan figuran entre las mejores fuentes que hoy existen para conocer la vida, costumbres, trajes y utensilios de muchos países á mediados del siglo xv.

magnac; el clero, en lugar de ser el consuelo de los afligidos, estaba dividido y destrozado por contiendas interiores y sus representantes entregados á todos los vicios; y en esta situacion, para colmo de males, amenazaba un ataque de parte de Inglaterra. Carlos de Orleans, no pudiendo derribar al duque de Borgoña, había buscado, en su odio ciego, el auxilio del rey de Inglaterra, Enrique IV, con el cual hizo alianza en el año 1412 prometiendo reconocerle por soberano feudal. El país estaba indignado de esta conducta, y para darle una satisfaccion fué menester que la corte castigara severamente tan grande felonía en la persona del duque, en su familia y en sus partidarios. El gobierno confiscó sus bienes, la Iglesia les excomulgó; y el rey estuvo mas que nunca bajo el dominio del duque de Borgoña, sin disiparse por eso el peligro de la lucha con Inglaterra, cuyo gobierno desembarcó un ejército en Bretaña. Entonces, sin embargo, Carlos de Orleans prefirió á la alianza inglesa una composicion que le ofreció la corte.

Para arbitrar recursos en tan apurada situación fué preciso convocar á principios del año 1413 los Estados Generales, cosa que desde muchos años antes se rehuía. Reunidos que fueron, empezaron por pedir que se atendiera á sus reclamaciones propias, distinguiéndose particularmente los representantes de la capital y de la universidad en estas reclamaciones, de suerte que hubo que nombrar una comision para informar y encausar á los funcionarios culpables de prevaricacion. Estos fueron severamente castigados, no sin que el exceso de celo de los hasta entonces oprimidos diera lugar á algunas injusticias y á crueldades excesivas.

Así estaban las cosas cuando murió el rey Enrique IV de Inglaterra. Con este suceso desapareció por de pronto el peligro de guerra y los regentes de Francia se arrepintieron de las concesiones que habian hecho al pueblo. El príncipe heredero, el delfín Juan, quiso apoderarse de la capital por medio de un golpe de mano, pero el duque de Borgoña y el pueblo no se dejaron sorprender; tomaron la Bastilla y obligaron al príncipe Juan y á todos sus partidarios y amigos á ponerse la caperuza blanca, que era el distintivo de los partidarios del duque de Borgoña (1), exactamente como habia tenido que hacer el abuelo del príncipe en tiempo de Marcel. El rey tambien tuvo que ponerse la caperuza popular, porque era preciso cumplir lo que mandaba Caboche, que era dueño de la ciudad, y todas las personas de alguna categoría que eran mal vistas del pueblo se mantenian cuidadosamente ocultas. El gobierno no tenia ninguna fuerza para proteger á sus empleados contra la venganza del pueblo iritado, al cual prometió economías, mejor administracion y justicia.

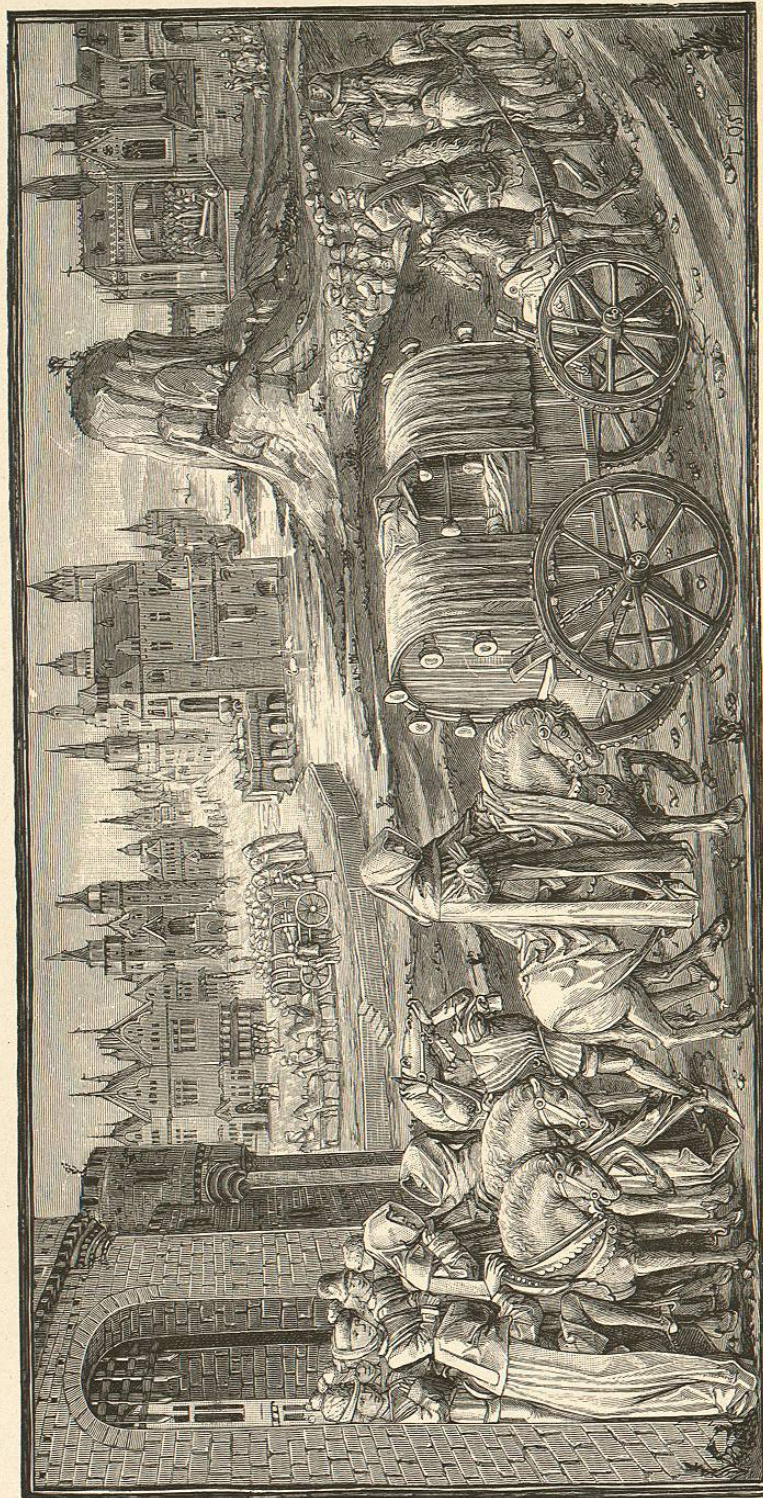
Esta situación era por demás violenta y no podia durar, y el mismo duque Juan de Borgoña empezó á desear des hacerse de su peligroso aliado, el pueblo. Entonces, en connivencia con el Delfín, se presentó delante de Paris el partido de los Orleans formando un ejército imponente; el pueblo, acaudillado por Caboche, quiso resistir hasta la muerte, pero las clases mas elevadas estaban por un arreglo pacífico; el duque de Borgoña fué de la misma opinion, y en el verano del año 1413 se hizo en Pontoise un convenio conciliador y que al mismo tiempo aseguraba el orden en la capital. El partido de Caboche, comprendiendo que perdía el poder, no admitió el convenio; pero entonces se vió aislado, porque la clase media se puso tambien sobre las armas y á disposicion del príncipe heredero, y el duque de Borgoña abrazó la causa de la clase media, la cual ocupó la Bastilla, la casa del ayuntamiento y otros puntos estratégicos. Viéndose perdidos, los jefes del partido popular huyeron ó se ocultaron; el gobierno, vencedor, comenzó una reaccion feroz bajo la proteccion del ejército orleanista, y los vencidos fueron perseguidos sin piedad, á despecho de la amnistía convenida en Pontoise. Tanta falacia indignó al duque de Borgoña, el cual en el año 1414 volvió á levantarse en armas, y muchas ciudades se pronunciaron de nuevo en su favor, excepto la capital, á la cual sujetaba con férreo puño el conde de Armagnac. El gobierno declaró al duque fuera de la ley y el mismo rey marchó á la cabeza del ejército contra el rebelde; Soissons fué tomada; pero delante de Arras los Orleans aceptaron un convenio, reservándose tácitamente faltar á él á la primera ocasion favorable. Habia sido forzoso aceptarlo porque los ingleses acababan de abrir su campaña contra Francia, no solamente para aprovechar el estado de impotencia en que se hallaba este país, sino tambien por exigirlo la situación interior de Inglaterra.

El destronamiento de Ricardo II por Enrique de Lancás

(1) Era el distintivo del hombre libre entre los antiguos galos.

ter no fué debido exclusivamente á la ambicion de este último, sino que ante todo fué un acto necesario y por lo mismo recibió la sancion del parlamento, porque el gobierno de Ricardo II iba á precipitar al país en una crisis semejante á la que pasaba entonces la Francia, y el diestro Enrique aprovechó esta circunstancia para legalizar y hacer legalizar por el pueblo su usurpacion. El parlamento se hizo cómplice del usurpador en bien del país, y el nuevo rey Enrique IV tuvo el buen criterio de dejarse guiar por el parlamento, único medio de sancionar de hecho el cambio violento de soberano. La nacion con este acuerdo acrecentó su fuerza y pudo desarrollarse pacíficamente á la sombra de su constitucion. Enrique IV concedió al parlamento mayor intervencion en la hacienda, inviolabilidad á sus miembros durante las sesiones y el derecho de exigir á todos los empleados juramento de fidelidad á la constitucion y á las leyes del reino. Por desgracia, el nuevo rey tuvo que hacer tambien concesiones al clero para consolidarse en su posicion, limitando la libertad de enseñanza, que Juan de Lancáster habia defendido con tanta resolucion á favor de Wicliffe. Para los adeptos de éste empezó, pues, un período de persecucion cruel; el rey y el parlamento se prestaron á servir de sayones al clero, fanático é intolerante, y por una ley se organizó la quema contra los herejes. Esta ley (*de comburendo hæretico*) encarga la vigilancia de los sermones y de la enseñanza á los obispos, cuyas sentencias se obligaba el gobierno á cumplir como mero ejecutor. Tanta complacencia por parte del rey fué acaso producida en parte por los remordimientos que hacía el fin de su vida le atormentaban y que hasta le hicieron pensar en expiar con una cruzada la usurpacion que habia cometido.

Agravaron la situación interior continuas conspiraciones y turbulencias. Una tentativa de sublevacion frustrada habia costado la vida á principios del año 1400 á Ricardo II, que despues de haber caído prisionero, se dijo que él mismo habia causado su muerte voluntariamente, dejándose morir de hambre. Para evitar interpretaciones y acusaciones malignas fué expuesto su cadáver con la cara descubierta en Lóndres, pero á pesar de esto hubo mucha gente que no creyó en la muerte del rey destronado, del cual se decia que habia conseguido evadirse y que volvería á presentarse en ocasion favorable. Esta creencia dió motivo á conspiraciones de algunos magnates, y entretanto continuaban las guerras fronterizas con los escoceses y los bretones del condado de Gales, que estaban apoyados por los franceses. El joven conde de Northumberland, Enrique Percy, llamado por el pueblo por su valor impetuoso *Hot-spur* (espuela ardiente), fué entre los ingleses el héroe popular de estas guerras, sobre todo por la gran batalla del año 1402 en que venció á los escoceses. Enrique IV se indispuso con este guerrero impetuoso por cuestiones mezquinas, como la del rescate de los prisioneros de guerra, á cuyas cuestiones se agregaron otras relativas á propiedades territoriales. Percy se hizo jefe de una conspiracion de grandes descontentos, que estaba en inteligencia con el señor de Gales, Owen Glendower. El plan era destronar á Enrique IV y, en caso de haber muerto realmente Ricardo II, dar la corona al joven conde de March, Eduardo Mortimer, nieto de Felipa, hija de Lionel de Clarence, hijo segundo de Eduardo III, que despues de Ricardo II era el heredero mas inmediato de la corona, por lo menos si se queria observar la ley de sucesion en que la corona de Inglaterra fundaba sus pretensiones al trono de Francia. Este joven habia sido hecho prisionero por el señor de Gales, y Enrique IV no se habia dado prisa á rescatarle, evidentemente para no favorecer á un rival peligroso. De aquí la conspiracion de Percy, que estalló en el verano del año 1403



Entierro del rey Ricardo II de Inglaterra.
(De una miniatura de la Crónica de Froissart que se conserva en la Biblioteca de Breslau.)

mientras el rey estaba guerreado contra los escoceses en el Norte. Las armas de Enrique, gracias á su rapidez y pericia militar y al valor impetuoso de su hijo, derrotaron totalmente á los rebeldes, cerca de Shrewsbury, el 21 de julio. Percy murió en la pelea, y la mayor parte de sus cómplices fueron hechos prisioneros y entregados al verdugo. Tanto rigor exacerbó mas y mas á los vencidos y solo la vigilancia constante del rey y su rapidez de acción evitaron nuevas sublevaciones. El gobierno francés excitado por Isabel, la joven viuda del destronado Ricardo, alentó y auxilió á los enemigos de Inglaterra, principalmente á los escoceses y á los grandes descontentos en los condados del Norte, y el papa Benedicto XIII tambien atizó el fuego cuanto estuvo en su mano. En fin la impaciencia de alguno hizo estallar el movimiento parcialmente y el fracaso fué completo. El auxilio francés no llegó, porque la guerra civil tenia á aquel gobierno sobradamente ocupado, y Jacobo, el joven rey de Escocia, al trasladarse á Francia cayó en poder de los ingleses. El castigo de los culpables fué sangriento.

Enrique IV murió en el mes de marzo de 1413, dejando al país poco pacificado en el interior y amenazado en el exterior. Nada bueno se esperaba del nuevo reinado; el príncipe heredero no parecia poseer ninguna de las cualidades que entonces necesitaba un rey de Inglaterra, porque así lo hacian suponer las travesuras juveniles y la compañía del señor de Gales, que habian causado ya serios disgustos á su padre y le habian hecho temblar cuando pensaba en el día en que este joven indómito se ciñera la corona tan amenazada. Algunos indicios habia dado, sin embargo, de que tambien tenia sentimientos nobles, y en la guerra contra los rebeldes y sus aliados los bretones y escoceses habia dado pruebas de guerrero valiente. Desde el momento en que con la corona asumió grandes y difíciles deberes, pareció tan transformado que asombró á amigos y enemigos, y llenó de júbilo á toda la Inglaterra. Además, el nuevo rey Enrique V llevaba á su padre la gran ventaja de no poder ser acusado de usurpador y de no tener que temblar siempre por la corona vacilante, temor que habia emponzoñado la vida de Enrique IV. No era difícil hacer olvidar las travesuras de su juventud y los sucesos de los últimos años. Para los restos mortales de Ricardo II hizo construir un sepulcro digno de un rey en la abadía de Westminster á fin de borrar tambien el recuerdo de las faltas de este rey destronado y muerto; restituyó al hijo de Enrique Percy los bienes y títulos de su padre y lo mismo hizo con el joven conde de March, porque Enrique V no tuvo que temer pretendientes rivales.

Esta política conciliadora produjo en pocos meses tan buenos resultados, que Enrique V inauguró una nueva era para Inglaterra. Solo un enemigo quedó excluido de los beneficios de la política conciliadora, y fué la secta todavía numerosa de los wicliffitas. A pesar de los lazos de amistad que habian unido antes al joven rey con el jefe de la secta el noble caballero Juan Oldcastle, éste fué encausado y condenado por hereje, pero por algun tiempo consiguió librarse de la persecucion y pena de muerte decretada contra él. Sus partidarios, los llamados *bolardos*, se congregaron ocultamente y siempre armados, probablemente para defenderse en caso de ser sorprendidos y no para conspirar contra el rey ni para organizar una facción militante, de lo cual se les acusó. Por su desgracia, sorprendióles Enrique V en San Giles en enero del año 1414 y aplicó sin clemencia á los infelices la ley contra los herejes, como que el concilio de Constanza habia ya condenado la doctrina de Wicliffe. Juan Oldcastle fué tambien descubierto y murió mártir de su fe. Con tan sañuda persecucion quedó exterminada la secta en las clases altas, en las cuales habia tenido hasta entonces sus

mejores y mas numerosos adeptos, pero se conservó muy oculta en el pueblo bajo, que en su posición triste y miserable necesitaba el consuelo y la esperanza de una mejora material y los encontraba en aquella doctrina. Así quedó restablecida, siquiera en apariencia, la unidad de la Iglesia de Inglaterra.

La crisis política mas grave, el peligro de una guerra civil habia pasado para Inglaterra, bien que quedó todavía alguna tirantez en el interior que requería para hacerla desaparecer grandes hechos del rey, que diesen á la dinastía de Lancáster la aureola del entusiasmo y del orgullo nacional. Solo con brillantes triunfos en el extranjero podia borrarse el recuerdo de los medios por los cuales habia subido al trono. El deseo de satisfacer esta condición indujo á Enrique V á volver á la política belicosa de Eduardo III, cuyo reinado era entonces el mas glorioso que Inglaterra habia tenido, y si lograba igualarlo, podia tener esperanza de desarmar á los últimos adversarios de su familia y de acallar los últimos escrúpulos sobre la legitimidad de su derecho al trono. Para esto ofrecía todas las probabilidades de buen éxito el estado lamentable de Francia.

En 1415 abrió Enrique V la guerra con el sitio de Harfleur, plaza marítima importante que despues de seis semanas de heroica resistencia tuvo que rendirse en el mes de setiembre del mismo año; pero la aproximación de la estación mas cruda, las fatigas del largo sitio, las enfermedades y privaciones habian debilitado al ejército inglés, el cual, en aquella población enemiga se vió además amenazado del ataque de un ejército francés formidable que estaba en vías de formación. Muchos jefes aconsejaron al rey que abandonara la campaña y renunciara á la empresa, que amenazaba tener mal éxito; pero Enrique V se empeñó en continuarla, porque el abandono de la campaña habria sido un descrédito que podia hacer peligrar su corona. Bajo el punto de vista militar la situación de Enrique V se parecia á la de Eduardo III antes de la jornada de Crecy, y aun los sucesos que sobrevinieron ocurrieron en las inmediaciones del lugar donde se dió aquella célebre batalla. Como entonces, los franceses contaban ciegamente con la victoria, porque la reacción triunfante habia resucitado en la nobleza la fe en su fuerza invencible. Por eso no aceptó el concurso armado de los vecinos de Paris. No obstante el retraimiento del duque de Borgoña, marcharon en el mes de octubre contra el ejército inglés, muy reducido por las razones citadas, 50,000 franceses, entre ellos 15,000 caballeros nobles armados de punta en blanco. Desafiando la lluvia y el frío, quiso Enrique V pasar á Calais, seguido del enemigo que tenia ocupados todos los pasos del río. Los ingleses buscando un vado para pasar el Somme perdieron un tiempo precioso, de suerte que cuando hubieron pasado el río se vieron rodeados del enemigo y forzados á aceptar batalla un poco al Norte de Crecy, cerca de la aldea de Azincourt. Enrique V tomó sus disposiciones con mucho cuidado, y eligió una posición para cuyo ataque el enemigo tenia que atravesar un terreno húmedo y cubierto de vegetación, que le impedía desplegar sus fuerzas superiores y envolver á los ingleses, defendidos además por empalizadas detrás de las cuales los arqueros, que formaban el núcleo de la fuerza, podían disparar sus flechas sin temor de ser arrollados por la caballería francesa, cubierta de pesadas armaduras. Estas bien meditadas disposiciones produjeron el mejor resultado. El ataque que dió la caballería francesa, el 25 de octubre, fué rechazado; las flechas de los arqueros ingleses tendieron en tierra largas filas de caballeros franceses, y tres horas bastaron para sembrar la confusión en el orden de batalla del ejército francés. La vigilancia de Enrique hizo fracasar una tentativa del enemigo para envolver